

# La vida en el

## ateísmo

## moderno

José C. Ayestarán, S. J.

a El ateísmo es una realidad y es un problema: "Esto hace que el ateísmo deba considerarse entre las más graves realidades de nuestro tiempo y se deba someter a un examen atentísimo." (Vaticano II, Gaudium et Spes, N° 19)

b Para responder a esta angustiada necesidad, el Concilio ha propuesto la creación de un "Secretariado para los no creyentes", presidido por el cardenal Franz König, de Viena. Su primera labor es la de someter a un "examen atentísimo" la situación del mundo moderno y, para ello, ha enviado cuestionarios a diversas universidades del mundo. Todavía el trabajo está en sus comienzos.

c Se trata de un análisis de la vida en una situación existencial de signo ateo. Sería insuficiente, y tal vez menos indicado, un estudio que se limitara a registrar en números y curvas la disminución gradual de las "prácticas" religiosas. Ese "examen atentísimo" pide analizar las raíces de donde brota la falta de interés o repugnancia ante lo religioso. El hombre moderno no sólo es menos cristiano, sino menos religioso. Las formas religiosas no cristianas también van disminuyendo y tienden hacia lo profano. Tampoco se puede comenzar por dar una definición conceptual y libresca del ateísmo para después localizarlo en la vida real. Ni queremos analizar el desarrollo de los diversos sistemas filosóficos ateos para señalar con el dedo sus errores. Hay que examinar el ateísmo tal como anida en la vida diaria de los hombres. Las diversas formas del ateísmo moderno no están en las cabezas de los hombres como "sistemas" de pensamiento, sino más bien como una mezcla de opiniones no reflejas, consignas nunca analizadas, costumbres convencionales de pensar y actuar, prejuicios, fórmulas estereotipadas. Si todo este mundo interior llega a subir al plano de la conciencia, lo hace de una manera fragmentaria, difusa, vaga... No se vive tanto de "ideas" ateas. La vida, en su totalidad, tiende hacia el ateísmo. Este es un signo de la civilización moderna y se manifiesta más en los grandes centros urbanos.

### Formas del ateísmo moderno

e<sup>o</sup> El Concilio ha adelantado una primera descripción de las diversas formas del ateísmo moderno:

"Con la palabra ateísmo se designan fenómenos de muy diversa índole. Unos niegan expresamente la existencia de Dios; otros se contentan con decir que el hombre no puede afirmar nada absolutamente sobre El; otros someten a examen el problema de Dios con tal método, que en la conclusión aparezca un problema sin sentido... Hay quienes enaltecen tanto al hombre que la fe en Dios resulta enervada, ya que les interesa más, al parecer, la afirmación del hombre que la negación de Dios. Otros ni siquiera se enfrentan con el problema de Dios, como

si no experimentaran la inquietud religiosa y no advirtieran por qué se deben ya ocupar de religión... Y la misma civilización moderna, no porque ella sea así, sino porque está demasiado compenetrada con las realidades terrenas, puede hacer cada día más difícil remontarse hacia Dios." (Vaticano II, Gaudium et Spes, N° 19.)

f Dejamos de transcribir otras muchas formas de ateísmo que el Concilio indica en el histórico documento. Solamente nos fijaremos en esa forma de ateísmo más "vivida" que teóricamente pensada y defendida.

g Para comprender mejor esta vida en el ateísmo hay que reflexionar sobre una realidad de capital importancia: la situación existencial creada por la cultura moderna. El medio en el que vive el hombre moderno está determinado por una multitud de conocimientos, experiencias, ciencias y técnicas, de los que nadie puede llegar a ser dueño. Y precisamente esta multitud de ciencias y técnicas, en su gigantismo incontrolable, es la que determina el medio espiritual y físico. Es cierto que el hombre jamás ha vivido sólo de las cosas que él conocía reflejamente. En este sentido, la situación actual no se diferencia de la de los tiempos pasados. Pero, antaño, ese mundo previamente dado no consistía en una mole de conocimientos, teorías, opiniones y postulados... del mismo hombre, sino en unas realidades objetivas dadas con la naturaleza virgen de las cosas. Allí donde existían conocimientos

y técnicas humanas que actuaban sobre el estado natural de las cosas, esos conocimientos estaban perfectamente al alcance. El interesado podía conocerlos, tomar una posición determinada ante ellos, reducirlos a un sistema personal. Y lo que caía fuera de sus posibilidades no llegaba a afectarle en forma decisiva.

Pero hoy la situación es distinta. Vivimos en un tiempo en el que los conocimientos y experiencias acumuladas por la humanidad (y que actúan decisivamente en la determinación de la esfera física y espiritual de cada individuo) no pueden ser ya poseídos por un individuo particular. Esta imposibilidad es absoluta: nadie puede pretender dominar todos los campos del saber.

Hay algo más. Si ese conjunto de conocimientos filosóficos, históricos, científicos, técnicos, etc., fueran realidades indiferentes e inofensivas para la mayoría que los ignora, no habría por qué inquietarse. Pero resulta que ese mundo cultural y técnico, ese "espíritu objetivo", que ha llegado a ser como una atmósfera de construcción humana, lleva en suspensión también errores, pasiones, intereses creados, etc., que son asimilados y vividos inconscientemente. Y el hombre, aun el sabio y el científico, se encuentra indefenso en medio de los elementos nocivos que influyen en su vida diaria. Más aún, los ignora.

## Una raíz oculta del ateísmo

En este mundo de factura humana, que llamamos cultura y civilización, hay elementos negativos que tienen la virtualidad tremenda de eliminar del hombre todo aquello que signifique relación con lo sagrado y divino. Los valores trascendentales van quedando cada día más alejados y menos vividos.

El Concilio indica una de las raíces más profundas del ateísmo actual cuando afirma: "El ateísmo moderno presenta muchas veces una apariencia de sistema que, aparte de otras razones, sabe explotar el legítimo deseo de independencia del hombre hasta hacerle sentir dificultades contra cualquier clase de dependencia respecto a Dios. Quienes profesan tal forma de ateísmo sostienen que la libertad consiste en que el hombre sea fin de sí mismo, artífice y demiurgo único de su propia historia, lo cual sostienen que no es compatible con la afirmación de un Señor, autor y fin de todas las cosas, o al menos hacen totalmente superflua tal afirmación. Una doctrina así no encuentra más que ayudas en el sentido del poder que el moderno progreso técnico confiere al hombre." (Vaticano II, Gaudium et Spes, N° 20.)

Esta doctrina, elaborada explícitamente en el pasado, se ha convertido hoy en actitud anónima que afecta todos los sectores de la vida moderna.

Esta autonomía absoluta significa, en primer lugar, una total independencia del hombre con respecto a Dios. Si no se niega explícitamente su existencia, al menos su presencia, en la vida e historia humanas, queda totalmente excluida.

Esta autonomía, llevada a sus últimas consecuencias, significa que no puede darse una "naturaleza hu-

mana", previamente dada e impuesta, que tenga una esencia creatural. Pues esto supondría —según ellos— sujeción del hombre a un poder extraño, lo cual no es compatible con la absoluta libertad del hombre.

Si, por el contrario, el hombre es plenamente autónomo (de forma que no recibe una esencia creatural, sino que él mismo se la construye con su libertad), también el resto del mundo material y social goza de una total independencia con respecto a un ser trascendente. Más aún, el hombre es el que debe construir el "orden" de las cosas, imprimiendo en ellas las normas de la racionalidad humana. El hombre es el dueño absoluto de sí y del cosmos.

De este principio de autonomía absoluta que no admite ni Dios ni leyes morales que regulen las relaciones del hombre con Dios y el mundo, el hombre ha llegado a la conclusión de que es deber exclusivo suyo transformar el mundo material y social con absoluta independencia de toda relación trascendente. Su "razón" es la norma última y absoluta de todo. Ya no existen normas que la razón humana descubre como algo previo y objetivamente dado en y con las cosas; sino que la "razón" crea sus leyes en un proceso dialéctico de medios y fines.

Así, la empresa de la cultura y de la civilización es obra meramente humana. El hombre es el único y supremo responsable y autor no sólo de esa "segunda creación", sino del mismo hombre.

Por paradójico que parezca, no es el hombre individuo el autor omnipotente. En el mundo moderno, la figura de Prometeo no se encarna en individualidades originales y autosuficientes. Hoy hace su presencia en los anónimos, la organización, automación, etc. No es alguien el que domina, sino algo.

Pero no se crea que la desaparición de la persona en el anonimato de la sistematización racionalizada signifique el fin de la autonomía absoluta del hombre. Las cualidades y esperanzas que antes eran propios del individuo autárquico y autónomo, ahora han pasado a ser de la colectividad como tal. El hombre "socializado" es el moderno Prometeo. El héroe es la "humanidad". El debilitamiento personal es sustituido por el gigantismo de la organización que presiente el goce de la omnipotencia.

La afirmación del hombre o colectividad autónoma se manifiesta especialmente en dos campos: la técnica y el Estado. Primero se afirma la absoluta independencia de las ciencias y de la técnica de toda vinculación trascendente. El campo científico —con sus prodigiosas realizaciones— es la expresión de la fuerza "creadora" del hombre. La técnica es el demiurgo del que se espera la solución de todos los problemas humanos.

También el Estado moderno es "imagen y semejanza" del hombre autónomo. Los constructores del Estado no buscan la organización de la sociedad de acuerdo a las normas "naturales", sino como producto de sus aspiraciones absolutistas. El Estado es el instrumento jurídico-social más poderoso construido por el hombre, es la máxima expresión de su poder. El Estado es la última instancia y garantía de todos los organismos intermedios. Su funcionamiento ya no depende de ningún individuo particular. Es algo que ya se mueve por sí solo.

## Los grandes mitos modernos

Se entiende aquí por mito una solución que —destinada a una limitada esfera de problemas concretos— es erigida por el hombre en solución total a todos sus problemas. No se requiere, pues, para que una determinada esperanza sea calificada de mítica, el que sea falsa en su terreno. Puede ser plenamente eficaz y legítima. Lo que la convierte en mito es la pretensión de atribuirle un valor absoluto.

Existe la convicción vivida de que cae dentro de las ciencias naturales y de la técnica la posibilidad de resolver algún día todos los problemas del hombre. La tecnocracia se ha convertido en un ídolo. Es lo único en lo que creen verdaderamente todos los hombres: desde los pueblos que ahora comienzan a abrirse a la civilización hasta los hombres de ciencia. Tanto en el bloque oriental como en el occidental, lo que todos tienen por verdaderamente válido es la tecnocracia, que se ha convertido en una religión subcutánea de la humanidad. Esto es posible a pesar de las diferencias ideológicas y de planificación. En la fe de los "no-creyentes" la técnica está llamada a realizar el paraíso terrestre.

El culto pseudo-religioso a la técnica no está unido necesariamente a los conocimientos técnicos, como la fe en Dios no requiere necesariamente grandes conocimientos teológicos. La masa de los hombres posee conocimientos muy fragmentarios del mundo construido por la ciencia y la técnica; el primitivismo del hombre moderno ante su mundo es tan grande o mayor que el del hombre de la antigüedad o el medieval. El hombre "no-científico" del pasado adoraba un mundo y un Dios incomprensibles para él; el hombre "científico" moderno adora secretamente este mundo técnico que se le hace cada día menos comprensible.

De la misma manera, y si cabe con mayor fe, el hombre moderno cree (a pesar de tantas desilusiones) en el Poder salvador de la gran maquinaria de sistemas, organizaciones, automatización, servicios públicos, etcétera, que él mismo ha construido. Los políticos de promesas utópicas son los nuevos apóstoles que predicán la nueva fe mítica en el mayor ídolo de los tiempos actuales: el Estado. La politización de todas las formas de vida social es la nueva versión de la religiosidad humana. El credo político ha desplazado al credo religioso.

### ¡El paraíso terrestre!

El ateísmo moderno es tanto negación de Dios como negación del hombre. Por supuesto que esta negación no es ontológicamente eficaz. Pero sí lo es en el plano psicológico y personal, impidiendo que dichas realidades se hagan conciencia. ← e. h.

El hombre autónomo, artífice de la moderna civilización, se está encontrando en un rápido proceso de despersonalización. No sólo se niega a aceptar un or-

den objetivo de trascendencia abierta al "más-allá", sino que reduce la forma de pensar de las masas a un positivismo antimetafísico que se resiste, cada día más, a la aceptación de la existencia y presencia de valores espirituales y religiosos. Por medio de técnicas refinadas se logra evitar al máximo el esfuerzo de un pensamiento lógico y las decisiones personales. La prensa, el cine y la televisión se encargan de crear, el modo "standard" de pensar y actuar. El hombre "autónomo" se deja (cada día más) manejar desde fuera: su orientación profesional y política se la dan los "científicos" y la "línea" del partido. Estos se encargan de elaborar "democráticamente" las consignas a seguir.

Ahora bien, este positivismo popular sólo reconoce realmente la materia y la energía. El sentido real de la vida se agota en la productividad, consumo y confort. La educación y la profesión deben ser productivas. Los sistemas de producción en serie, automatización, los organismos de seguros, en fin, toda la actividad, corre como una gran maquinaria con funciones matemáticamente calculadas. El hombre se convierte en "funcionario". En los tiempos actuales del progreso no se admiten hombres geniales, originales: todo marcha mejor si cada uno se somete estrictamente a su "puesto", a su función dentro de la serie. Se le ahorran iniciativas y decisiones que siempre entorpecerían el funcionamiento previamente calculado. La racionalización del trabajo lleva consigo la disminución de contacto humano, de "consideraciones personales", etc. Basta observar la frialdad "funcional" de los servicios públicos. De nada sirve hoy la palabra honesta, la sinceridad, etc., si no se presentan los "documentos". Ni siquiera se ha nacido si no se presenta la partida de nacimiento. Es la guerra del papel. Si hay un accidente en la calle, es prudente no dejarse llevar por sentimientos de compasión: existe todo un sistema de primeros auxilios que debería funcionar automáticamente. Si se enferma, los "servicios" médicos deben estar a la orden; si se muere, la funeraria pondrá en juego, con rutina maquinal, toda su solicitud.

En esta civilización moderna, cuando las culturas y los hombres están físicamente más cerca, cuando millones de seres pueden hacerse presentes a un mismo acontecimiento a través de los medios de comunicación, se ignora al vecino, al prójimo. El prójimo en el trabajo, en la calle... no es un hombre, sino un funcionario. Se habla de funcionario a funcionario. Y este mundo así —o con incontenible tendencia a serlo— es producto evidente de la razón autónoma y científica (!) que comercializa hasta la verdad y el amor, que ha hecho del hombre una suma de funciones matemáticas, que niega o ignora todos los valores éticos, espirituales y religiosos porque son ilusión, alienación perniciosa o simplemente improductivos.

El hombre moderno, científico, quiere ser libre! Pero este inmenso aparato técnico y estatal no funciona bien si interviene la libertad personal. A cada exigencia hay que responder con una reacción exacta. No hay sistema "racionalmente" organizado que funcione sin coacción, sin "reglamentación", aun cuando sólo se eche mano de medios psicológicos.

El hombre civilizado no tiene tiempo. La rapidez con que debe funcionar su vida le impide dirigir su atención a los problemas fundamentales de su existencia. La multitud de impresiones procedentes de fue-

ra le ocupan continuamente todo el campo de su conciencia. Es muy productivo para algunos el que la masa no piense por su cuenta. El hombre *standard* vive como drogado, su problemática queda absorbida por el momento presente, cada vez más novedoso, cuyo contenido le viene dado por ese mundo *técnico* que proporciona todos los valores ya previamente jerarquizados.

5 Al hombre civilizado ya no le hace falta creer en Dios ni sujetarse a sus leyes morales o su revelación. Le basta con creer en los ídolos modernos de la técnica y de la política. Si todavía conserva algunas prácticas religiosas, éstas no pasan de ser unas costumbres ornamentales que no afectan la existencia real. Si se hace una "declaración de principios" éticos y religiosos, en muchos casos se construye una fachada con fines utilitarios, pero la vida se vive al margen de todo valor trascendental.

6 Al hombre civilizado de occidente no le interesa la religión. Presiente que ésta morirá de muerte natural cuando las necesidades humanas estén plenamente satisfechas por los nuevos demiurgos. Por lo tanto, la tolera. Al hombre civilizado de oriente (de inspiración marxista) sí le preocupa la religión, pues la considera como el opio del pueblo y el enemigo más fuerte del progreso científico. Por lo tanto, hay que perseguirla.

## Actitud de la Iglesia ante el ateísmo moderno

La Iglesia busca con solicitud maternal acercarse al hombre moderno para comprenderlo en su situación existencial. Ella, "fiel a Dios y a los hombres, no puede menos de reprobar con dolor, pero con firmeza, como ya otras veces las ha reprobado, estas funestas doctrinas y estas tácticas que contradicen a la razón y a la experiencia humana universal y rebajan al hombre de su grandeza original" (Vaticano II, *Gaudium et Spes*, N° 21).

Junto con esta reprobación tajante, la Iglesia se esfuerza por descubrir todos los valores positivos de la moderna civilización e iluminar con su luz segura el camino que debe seguir el hombre moderno. Nosotros no podemos menos de recomendar la lectura atenta de esta doctrina que, en medio de un mundo tan convulsionado y confuso, es capaz de despertar la verdadera "alegría y esperanza" —*gaudium et spes*— que el hombre necesita.

---

# LOS LAICOS EN LA LITURGIA

Pbro. Juan María Parent

Cuando se habla de los laicos en la liturgia se suele utilizar la palabra "participación". Este vocablo es peligroso por dar una visión inadecuada para quienes no han reflexionado sobre su significación. Da a entender que el laico toma de la vida litúrgica una parte no más. Nuestra pastoral, tanto en torno a la reforma litúrgica como en relación a los otros aspectos de la vida de la Iglesia, fallará siempre mientras no veamos con claridad que el laico no es parte de la Iglesia, sino que es la Iglesia con los clérigos.

El laico en la liturgia actúa plenamente. Su acción es diferente de la del ministro: presbítero o diácono, pero es una acción igualmente plena. Todos juntos realizan la celebración, pero de un modo jerarquizado y orgánico.